

PQ 2167

.L B

56



ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

ACERCA DE LITERATURA

30808

EL LIRIO EN EL VALLE

AL SEÑOR DON J. B. NACQUART

MIEMBRO DE LA ACADEMIA REAL DE MEDICINA

Querido doctor: He aquí una de las piedras más trabajadas de la segunda hilada de un edificio literario, lenta y laboriosamente construido. Quiero inscribir en ella el nombre de usted, tanto para dar las gracias al sabio que me salvó en otro tiempo, como para celebrar al amigo de siempre.

DE BALZAC.

Á LA SEÑORA CONDESA NATALIA DE MANERVILLE

«Cedo á tu deseo. El privilegio de la mujer que amamos más que ella nos ama, es hacernos olvidar á cada instante las reglas del buen sentido. Por no ver una arruga en su frente, ó por disipar la enojada expresión de sus labios, que la menor contrariedad entristece, franqueamos milagrosamente las distancias, damos nuestra sangre y echamos á perder nuestro porvenir. Hoy quiero mi pasado: helo aquí. Pero, sábelo bien, Natalia; para obedecerte he tenido que vencer repugnancias inviolables. ¿Por qué sospechas los repentinos y largos desvaríos que se apoderan de mí en plena dicha? ¿Por qué despierta mi silencio tu linda cólera de mujer? ¿No puedes jugar con los contrastes de mi carácter sin pre-

guntarme las causas? ¿Guardas acaso en tu corazón secretos que, para ser absueltos, tengan necesidad de los míos? En fin, lo has adivinado, Natalia, y tal vez vale más que lo sepas todo. Sí; mi vida está dominada por un fantasma, que se dibuja vagamente á la menor palabra que lo provoca, y que se agita á menudo en sí mismo y á pesar mío. Tengo imponentes recuerdos sepultados en el fondo de mi alma, como esas producciones marinas que se distinguen en el fondo del océano durante las calmas y que las olas de la tempestad arrojan en fragmentos á la playa.

»Aunque el trabajo que cuestan las ideas para ser expresadas haya contenido estas antiguas emociones que tanto daño me hacen cuando despiertan, si hay en esta confesión relámpagos que te hieran, recuerda que me has amenazado si no te obedecía, y no castigues mi obediencia.

»Quisiera que mi confianza redoblase tu ternura. Hasta esta noche.

»FÉLIX.»

¿Á qué talento nutrido de lágrimas deberemos un día la más conmovedora elegía, la pintura de los tormentos sufridos en silencio por las almas, cuyas raíces, tiernas todavía, no encuentran más que duros guijarros en el suelo doméstico, cuyas primeras florescencias son destrozadas por manos vengativas, y cuyas flores se hielan en el momento de abrirse? ¿Qué poeta describirá los dolores del niño cuyos labios chupan un seno amargo, y cuyas sonrisas son reprimidas por el fuego devorador de una mirada severa? La ficción que representase á esos

pobres corazones, oprimidos por los seres colocados en torno suyo para favorecer el desarrollo de su sensibilidad, sería la verdadera historia de mi juventud. ¿Qué vanidad podía herir yo, pobre recién nacido? ¿Qué desgracia física ó moral originaba la frialdad de mi madre? ¿Era yo acaso el hijo del deber, aquél cuyo nacimiento es fortuito, ó aquél cuya vida es un reproche? Criado en el campo por una nodriza, olvidado por mi familia durante tres años, cuando volví á la casa paterna me tenían en tan poco, que inspiraba compasión á las gentes. No conozco el sentimiento ni la feliz casualidad que pudo levantarme de aquella primera caída; en mí, el niño ignora y el hombre nada sabe. En lugar de dulcificar mi suerte, mi hermano y mis dos hermanas se divertían en hacerme sufrir. El pacto en virtud del cual los niños ocultan sus pecadillos y que ya les da idea del honor, fué nulo respecto á mí; más aún, con frecuencia fué castigado por culpas de mi hermano, sin que pudiera reclamar contra tal injusticia. El servilismo, en germen en los niños, ¿les aconsejaba acaso contribuir á las persecuciones de una madre igualmente temida por ellos? ¿era aquello un efecto de su tendencia á la imitación? ¿era necesidad de ensayar sus fuerzas, ó falta de piedad? Acaso todas estas causas reunidas me privaron de las dulzuras de la fraternidad. Desheredado de todo afecto, ya nada podía amar, y la naturaleza me había hecho amantel. ¿Recogía un ángel los suspiros de aquella sensibilidad rechazada sin cesar? Si en algunas almas los sentimientos desconocidos se truecan en odio, en la mía se concentraron y cavaron en ella un lecho, desde el cual irradiaron más tarde sobre mi vida. Se-

gún los caracteres, la costumbre de temblar relaja la fibra ó engendra el temor, y éste obliga siempre á ceder, lo que produce una debilidad que bastardea al hombre y le comunica un no sé qué de esclavo. Pero estos continuos tormentos me acostumbraron á desplegar una fuerza que se acrecentó con el ejercicio y predispuso mi alma á las resistencias morales. Esperando siempre un nuevo dolor, como los mártires esperaban un nuevo golpe, todo mi ser debió expresar una resignación sombría, bajo la cual fueron sofocados las gracias y los impulsos de la infancia; actitud esta que pasó por un síntoma de idiotismo y que justificó los sinietros pronósticos de mi madre. La certidumbre de estas injusticias excitó prematuramente en mi alma la altivez, ese fruto de la razón, que detuvo sin duda las malas inclinaciones producidas por educación semejante. Aunque abandonado por mi madre, era á veces objeto de sus escrúpulos, pues hablaba de mi instrucción y manifestaba el deseo de ocuparse de ella, lo que me causaba estremecimientos horribles, pensando cuánto sufriría estando con ella en contacto diario. Bendecía mi abandono y me consideraba feliz con poder quedarme en el jardín para jugar con las chinas, observar los insectos y contemplar el azul del firmamento. Aunque la soledad debiera llevarme al ensueño, mi gusto por la contemplación nació de una aventura que dará una idea de mis primeras desgracias. Una noche, agazapado tranquilamente bajo una higuera, miraba yo una estrella con esa curiosidad apasionada que domina á los niños, y á la cual mi melancolía precoz añadía una especie de inteligencia sentimental. Mis hermanas se divertían y gri-

taban, y yo oía su lejana algazara como un acompañamiento á mis ideas. El ruido cesó; la noche cerró por completo. Por casualidad, mi madre notó mi ausencia. Para evitarse una reprensión, nuestra aya, una terrible señorita llamada Carolina, justificó las falsas aprensiones de mi madre, diciendo que yo miraba la casa con horror; que si no me hubiese vigilado atentamente, yo ya me hubiera fugado; que no era imbécil, sino solapado, y que entre todos los niños sometidos á su férula no había encontrado ninguno de tan malas inclinaciones como yo. Fingió buscarme, me llamó, respondí, y se llegó á la higuera donde sabía que estaba.

—¿Qué hacía usted ahí?—me preguntó.

—Miraba una estrella—contesté.

—Eso no es cierto—replicó mi madre, que nos escuchaba desde el balcón;—¿acaso se conoce la astronomía á tu edad?

—¡Ah! señora—exclamó la señorita Carolina,—ha abierto el grifo del depósito y el jardín está inundado.

Aquello fué un rumor general. Mis hermanas se habían entretenido en dar vueltas al grifo para ver cómo corría el agua; pero sorprendidas por un fuerte chorro que las había mojado, se aturdieron y escaparon sin poder cerrarlo. Convicto de haber imaginado aquella aventura y acusado de mentir porque afirmaba mi inocencia, fuí severamente castigado; pero ¡castigo horrible! se burlaron de mi amor á las estrellas, y mi madre me prohibió quedarme por la noche en el jardín. Las prohibiciones tiránicas avivan los deseos, más aún en los niños que en los hombres, pues los niños tienen, sobre los hombres, la ventaja de no pensar más que en

la cosa prohibida, que les ofrece entonces atractivos irresistibles. Frecuentemente fuí, pues, castigado á causa de mi estrella. No pudiendo confiarme á nadie, le contaba á ésta mis pesares en ese delicioso lenguaje con que los niños balbucean sus primeras ideas, como en otro tiempo han balbuceado sus primeras palabras. Estando en el colegio, aun la contemplaba, experimentando delicias indecibles, ¡tan profundas son las huellas que dejan en el corazón las impresiones recibidas en la primavera de la vida!

Mi hermano Carlos, cinco años mayor que yo, era tan hermoso niño como es hoy hombre hermoso. Era el predilecto de mi padre, el amor de mi madre, la esperanza de mi familia, y, por consiguiente, el rey de la casa. Bien formado y robusto, tenía un preceptor; yo, pequeño y enclenque, fuí puesto á los cinco años como externo en un colegio de la ciudad, adonde iba por la mañana y adonde acudía á buscarme por la noche el ayuda de cámara de mi padre. Salía de casa llevando un cesto poco provisto, mientras que mis compañeros llevaban provisiones abundantes. Este contraste entre mi miseria y su riqueza engendró en mí mil sufrimientos. Las célebres salchichas y chicharrones de Tours componían el principal elemento del refrigerio que tomábamos al mediodía, entre el desayuno de la mañana y la comida de la casa, cuya hora coincidía con la de nuestra entrada en el colegio. Las salchichas, tan celebradas por algunos golosos, aparecen rara vez en Tours en las mesas aristocráticas; y si yo no hubiese oído hablar de ellas antes de haber entrado en el colegio, jamás hubiera tenido la dicha de ver extender para mí

este moreno producto sobre una rebanada de pan. Pero aunque no hubiese estado de moda en el colegio, mi deseo no hubiera sido menos vivo, pues se había convertido en idea fija, semejante á la que inspiran á una de nuestras duquesas más elegantes de París los guisotes de las porteras, y que, en su calidad de mujer, satisface. Los niños adivinan el deseo en las miradas, como tú lees en ellas el amor, y yo me convertí entonces en un objeto de burla. Mis compañeros, que pertenecían la mayoría á la clase media, venían á enseñarme sus rebanadas de pan, preguntándome con tono burlón si sabía dónde se hacían, dónde se vendían, y por qué no las llevaba yo. Me enseñaban, mofándose, los chicharrones, esos residuos del cerdo fritos en su misma grasa y que parecían trufas cocidas; registraban mi cestito, y no encontrando sino queso de Olivet ó frutas secas, asesinábanme con un: *¿No tienes para comprarlo?* que me enseñó á medir la diferencia que había entre mi hermano y yo. Este contraste entre mi abandono y la dicha de los demás ha marchitado las rosas de mi infancia y ajado mi tierna juventud. La primera vez que, engañado por un sentimiento generoso, extendí la mano para aceptar el tan deseado fiambre, que me fué ofrecido con aire hipócrita, el chasqueador lo retiró en medio de las risas de sus compañeros, advertidos del preparado desenlace. Si los talentos más distinguidos son accesibles á la vanidad, ¿cómo no absolver al niño que llora al verse despreciado y burlado? ¡Cuántos niños, á consecuencia de este juego, se habrán vuelto golosos, pediguños y bajos! Para evitar las persecuciones, apelé á las riñas. El valor de la desesperación me hizo temible;

pero fui objeto de odio y quedé sin defensa contra los traidores. Una tarde, al salir del colegio, recibí en la espalda un golpe aplicado con un pañuelo lleno de piedras. Cuando el criado, que me vengó de una manera ruda, dió cuenta del hecho á mi madre, ésta exclamó:

—¡Este muchacho no nos dará más que disgustos!

Encontrando en el colegio las mismas repulsiones que inspiraba á mi familia, caí en una horrible desconfianza de mí propio. Allí, como en mi casa, me replegué en mí mismo; aquella segunda nevada retardó la florescencia de los gérmenes sembrados en mi alma. Los que veía amados eran generalmente unos pilluelos, mi altivez se apoyó en esta observación y quedé completamente aislado. De este modo continuó la imposibilidad de que pudieran desarrollarse los sentimientos de que mi pobre corazón estaba preñado. Viéndome siempre sombrío, triste, odiado y solitario, el maestro confirmó las erróneas sospechas de mi familia respecto á mi mal carácter. En cuanto supe leer y escribir, mi madre me hizo llevar á Pont-le-Voy, colegio dirigido por los padres del Oratorio, que recibían á los niños de mi edad en una clase denominada de los *No latinos*, donde permanecían también los escolares cuya inteligencia tardía se resiste á la enseñanza de los rudimentos. Allí permanecí ocho años, sin ver á nadie y haciendo vida de paria. He aquí cómo y por qué. Yo no tenía más que tres francos mensuales para mis gastitos, suma que apenas bastaba para las plumas, lapiceros, reglas, tinta y papel de que había que proveerse. Así que, no pudiendo adquirir ni zancos, ni peonzas, ni cuerdas, ni ninguno de los objetos necesarios para los juegos de

colegio, estaba desterrado de ellos; y, para ser admitido hubiera tenido que adular á los ricos ó á los fuertes de mi sección. La más pequeña de estas bajezas, que se permiten los niños tan fácilmente, sublevaba mi corazón. Permanecía bajo un árbol, perdido en lastimeros sueños, y leía los libros que mensualmente nos distribuía el bibliotecario. ¡Cuántos dolores había ocultos en el fondo de aquella soledad monstruosa! ¡Qué angustias engendraba mi abandono! Imagina lo que mi alma tierna debió sentir en la primera distribución de premios, en la que obtuve los dos más apreciados, el del tema y el de la versión. Al ir á recibirlos al teatro en medio de las aclamaciones y de la música, ni mi padre ni mi madre estaban allí para felicitarme, mientras que la sala se hallaba llena de las familias de mis compañeros. En vez de besar, según costumbre, al profesor que distribuía los premios, me precipité en sus brazos y rompí á llorar. Por la noche quemé mis coronas en la estufa. Los padres de los colegiales permanecían en la ciudad durante la semana empleada en los ejercicios que precedían á la distribución de premios; así es que mis camaradas salían todos alegremente por la mañana, mientras que yo, cuyos padres estaban á algunas leguas de allí, permanecía en los patios con los *ultramarinos*, nombre dado á los escolares que tenían sus familias en las colonias ó en el extranjero. Por la noche, durante la oración, los bárbaros nos alababan los festines á que habían asistido con sus padres. Vas á ver cómo crecían mis desgracias en razón de la circunferencia de las esferas sociales en que entraba. ¡Cuántos esfuerzos no he hecho para anular la sentencia que me condenaba á no

vivir más que en mí mismo! ¡Cuántas esperanzas concebidas largo tiempo con mil arrebatos del alma he visto destruidas en un día! Para decidir á mis padres á venir al colegio, les escribí cartas llenas de sentimiento, acaso enfáticamente expresado; pero aquellas cartas ¿merecían atraerme los reproches de mi madre, que me reprendía irónicamente por mi estilo? Sin desanimarme, prometía cumplir las condiciones que mis padres me impusieran para su visita, é imploraba el apoyo de mis hermanas, á quienes escribía en los días de su santo y de sus cumpleaños, con la exactitud de los pobres niños abandonados, pero con inútil persistencia. Al aproximarse la distribución de premios redoblaba mis súplicas, y hablaba de los triunfos presentidos. Engañado por el silencio de mis padres, los esperaba con ansiedad, los anunciaba á mis compañeros, y cuando á la llegada de las familias, resonaban en el corredor los pasos del anciano portero que llamaba á los colegiales, yo experimentaba entonces palpitations malsanas. ¡No pronunció nunca mi nombre aquel anciano! El día en que me acusé de haber maldecido la existencia, mi confesor me señaló el cielo donde florece la palma prometida por el *¡Beati qui lugent!* del Salvador. Después de mi primera comunión me sumergí en las misteriosas profundidades de la plegaria, seducido por las ideas religiosas, cuya magia moral encanta siempre á las almas jóvenes. Animado de una ardiente fe, rogué á Dios que renovase en mi favor los fascinadores milagros que leía en el Martirologio. ¡Á los cinco años volaba tras una estrella; á los doce iba á llamar á las puertas del santuario! Mi éxtasis hizo brotar en mí sueños inefables

que llenaron mi imaginación, enriquecieron mi ternura y fortificaron mis facultades intelectuales. He atribuído con frecuencia estas visiones sublimes á ángeles encargados de formar mi alma para divinos destinos; ellas han dotado á mis ojos de la facultad de ver el espíritu íntimo de las cosas; ellas han preparado mi corazón para esas magias que hacen desgraciado al poeta cuando tiene el fatal poder de comparar lo que siente con lo que es, las grandes cosas deseadas con lo poco que obtiene; ellas han escrito en mi mente un libro donde he podido leer lo que debía expresar, y ellas han puesto sobre mis labios el fuego del improvisador.

 Mi padre concibió algunas dudas respecto al alcance de la enseñanza que recibía en el colegio, y me sacó de Pont-le-Voy para llevarme á París, á un instituto situado en el Marais. Tenía yo entonces quince años. Después de haber sido sometido á examen, el retórico de Pont-le-Voy fué digno de ser admitido entre los de tercer año; pero los mismos dolores que había experimentado en el hogar doméstico, en la escuela y en el colegio, los encontré bajo una nueva forma durante mi estancia en el instituto Lepître. Mi padre no me había dado ni un céntimo. Como sabía que estaba bien alimentado, vestido, saciado de latín y relleno de griego, no se preocuparon de nada. Durante el curso de mi vida colegial he conocido unos mil compañeros, y no he encontrado en ninguno ejemplo de semejante indiferencia. El señor Lepître, fanáticamente adicto á los Borbones, había tenido tratos con mi padre en la época en que algunos realistas decididos trataron de sacar del Temple á la reina María Antonieta, y habían reanudado sus re-

laciones. El señor Lepître se creyó después obligado á reparar el olvido de mi padre; pero la cantidad que mensualmente me señaló fué pequeña, pues ignoraba las intenciones de mi familia. El instituto se hallaba establecido en el antiguo palacio Joyeuse, donde, como en todas las viejas casas señoriales, había un departamento para el portero. Durante el recreo, que precedía á la hora en que el pasante nos llevaba al liceo Carlomagno, los colegiales opulentos iban á almorzar á casa de nuestro portero, llamado Doisy. El señor Lepître ignoraba ó consentía el comercio de Doisy, verdadero contrabandista á quien los discípulos tenían interés en mimar; él era el cómplice de nuestros extravíos, el confidente de nuestras entradas tardías y nuestro intermediario con los alquiladores de libros prohibidos. Almorzar una taza de café con leche era un gusto aristocrático, explicado por el precio excesivo á que subieron los géneros coloniales bajo el imperio de Napoleón. Si el uso del azúcar y del café constituía un lujo en los padres, en nosotros anunciaba una superioridad vanidosa que hubiese engendrado nuestra pasión, si la inclinación á imitar la glotonería y el contagio de la moda no hubiesen bastado. Doisy nos abría crédito, suponiéndonos hermanas ó tías que aprobasen nuestra vanidad y pagasen nuestras deudas. Yo resistí mucho tiempo á estas seducciones, y si mis jueces hubieran conocido la fuerza de las mismas, las heroicas aspiraciones de mi alma hacia el estoicismo, y los furios contenidos durante una larga resistencia, hubieran enjugado mis lágrimas en lugar de hacerlas correr. Pero ¿podía yo tener, niño aún, esa grandeza de alma que hace mirar con desdén el des-

precio de otro? Además, yo sentía tal vez las acometidas de muchos vicios sociales, cuya fuerza aumentóse por mi codicia de goces. Hacia el fin del segundo año, mi padre y mi madre fueron á París. El día de su llegada fuéme anunciado por mi hermano, que vivía en la capital y que no me había hecho ni una sola visita; mis hermanas los acompañaban, y debíamos ver juntos París. El primer día íbamos á comer al Palais-Royal, y luego asistiríamos todos al Teatro Francés. Á pesar de la embriaguez que me causó aquel programa de fiestas inesperadas, mi alegría fué turbada por ese viento de tempestad que tan rápidamente impresiona á los habituados á la desgracia. Tenía que confesar una deuda de cien francos contraída con Doisy, que me amenazaba con pedir personalmente el dinero á mis padres. Entonces decidí tomar á mi hermano por dragomán de Doisy, por intérprete de mi arrepentimiento, y por mediador de mi perdón. Mi padre se inclinó á la indulgencia; pero mi madre fué inexorable; la mirada de sus ojos azules me petrificó, fulminó terribles profecías: «¿Qué sería yo más tarde, si á la edad de diez y siete años hacía semejantes calaveradas? ¿Era yo verdaderamente su hijo? ¿Trataba de arruinar á la familia? ¿No había que atender á nadie más que á mí? ¿No exigía la carrera elegida por mi hermano Carlos una dotación independiente, merecida por una conducta que honraba á la familia, mientras que yo sería su vergüenza? ¿Se casarían mis hermanas sin dote? ¿Ignoraba yo el valor del dinero y lo que les costaba? ¿De qué servía el café y el azúcar para la educación? Conducirme de ese modo ¿no era aprender todos los vicios?» Marat era un ángel,

comparado conmigo. Después de haber sufrido el choque de aquel torrente que derramó mil terrores en mi alma, mi hermano me llevó otra vez al colegio, perdí la comida en los «Hermanos Provenzales», y me vi privado de ver á Talma en *Britannicus*. Tal fué mi entrevista con mi madre, después de doce años de separación.

Cuando terminé el estudio de las humanidades, mi padre me puso bajo la tutela del señor Lepître. Debía aprender matemáticas trascendentales, cursar el primer año de derecho y comenzar los estudios superiores. Puesto á pupilo y libre de las clases, creí en una tregua entre la miseria y yo. Pero á pesar de mis diez y nueve años, ó acaso á causa de ellos, mi padre continuó el sistema que me había hecho ir á la escuela sin provisiones de boca, al colegio sin dinero para los gastitos y que había convertido á Doisy en mi acreedor. Tuve, pues, poco dinero á mi disposición. Y ¿qué hacer en París sin dinero? Por otra parte, mi libertad fué sabiamente encadenada. El señor Lepître hacía que me acompañase á la escuela de derecho un criado, que me entregaba en manos de mi profesor, y luego volvía á buscarme. Una doncella habría sido guardada con menos precauciones que las que sus temores inspiraban á mi madre para conservar mi persona. París espantaba con razón á mis padres. Los colegiales piensan secretamente en lo que también preocupa á las jóvenes en sus colegios: por mucho que se haga, ellas hablarán siempre de amor y ellos de mujeres; pero en París, en aquella época, las conversaciones entre camaradas eran generalmente inspiradas por el mundo oriental y sultanesco del

Palais-Royal. Éste era un Eldorado de amor, donde por la noche corrían los lingotes acuñados. Allí cesaban las dudas más vírgenes, allí podía apagarse nuestra excitada curiosidad. El Palais-Royal y yo fuimos dos asíntotas dirigidas la una hacia la otra sin poder encontrarse. He aquí cómo la suerte hizo que quedasen frustradas mis tentativas.

Mi padre me había presentado en casa de una de mis tías, que habitaba en la isla San Luis, y á cuya casa iba yo á comer todos los jueves y domingos, conducido por el señor Lepître ó por su mujer, que en tales días daban un paseo, é iban á buscarme cuando volvían á su casa. La marquesa de Listomere era una gran dama ceremoniosa que jamás tuvo el pensamiento de ofrecerme un escudo. Vieja como una catedral, pintada como una miniatura, suntuosa en el vestir, vivía en su palacio como si no hubiera muerto Luis XV, y no veía más que ancianas nobles y gentilhombres, sociedad de cuerpos fósiles entre la cual me creía en un cementerio. Nadie me dirigía la palabra, y yo nunca me sentí con fuerzas para hablar el primero. Las miradas hostiles y frías que me dirigían obligábanme á avergonzarme de mi juventud, que parecía importunarlas. Fundé el éxito de mi escapatoria en esta indiferencia, proponiéndome escurrir el bulto un día, en cuanto concluyese la comida, para volar al templo del placer. Una vez empeñada en el wisth, mi tía no fijaba ya en mí su atención. Juan, su criado, se cuidaba muy poco del señor Lepître; pero aquella malhadada comida se prolongaba desgraciadamente, á causa de la debilidad de las mandíbulas ó de la imperfección de las dentaduras. Por fin, una noche,

entre ocho y nueve, había ganado la escalera, palpitante como Blanca Capello el día de su fuga; pero cuando el portero iba á abrirme la puerta, vi en la calle el fiacre del señor Lepître y oí su voz cascada que me llamaba. Tres veces la casualidad se interpuso fatalmente entre el infierno del Palais-Royal y el paraíso de mi juventud. El día en que, avergonzado ya de ser tan ignorante á los veinte años, resolví afrontar todos los peligros para concluir de una vez, en el momento en que el señor Lepître subía á su carruaje y yo trataba de aprovecharme de esta difícil operación (pues mi guardián estaba gordo como Luis XVIII y tenía los pies torcidos), para desaparecer de su vista, en aquel instante mi madre llegaba en silla de posta. Su mirada me detuvo y permanecí como el pájaro delante de la serpiente. ¿Por qué casualidad la encontraba allí? Nada más natural. Napoleón jugaba su última partida, y mi padre, presintiendo la vuelta de los Borbones, iba á prevenir á mi hermano, empleado ya en la diplomacia imperial. Había salido de Tours con mi madre, encargada de sacarme de París para sustraerme á los peligros que creían amenazada la capital los que seguían con inteligencia la marcha de los enemigos. En algunos minutos fui sacado de París, en el momento en que la estancia en él iba á serme fatal. Los tormentos de una imaginación incesantemente agitada por deseos reprimidos, el fastidio de una vida constantemente entristecida por privaciones, me habían obligado á lanzarme al estudio, como en otro tiempo los hombres cansados de su suerte se confinaban en el claustro. El estudio había llegado á ser en mí una pasión que podría producirme

consecuencias fatales, apasionándome en la época en que los jóvenes deben entregarse á las encantadoras actividades de su naturaleza primaveral.

Este ligero croquis de mi juventud, en la que adivinas sin duda innumerables elegías, era necesario para explicar la influencia que ejerció en mi porvenir. Afectado por tantos elementos mórbidos, á los veinte años cumplidos yo era aún pequeño, delgado y pálido. Mi alma, llena de deseos, luchaba con mi cuerpo, débil en apariencia, pero que, según decía un anciano médico de Tours, sufría la última fusión de un temperamento de hierro. Niño por el cuerpo y viejo por el pensamiento, había leído y meditado tanto, que conocía metafísicamente la vida en sus alturas en el momento en que iba á advertir las dificultades tortuosas de sus desfiladeros y los caminos enarenados de sus llanuras. Azares desconocidos me habían dejado en ese delicioso período de donde surgen las primeras turbaciones del alma, donde se despierta á las voluptuosidades, en que para ella todo es sabroso y fresco. Me hallaba entre mi pubertad, prolongada por mis trabajos, y mi virilidad, que echaba tardiamente sus verdes ramas. Ningún joven estaba tan bien preparado como yo para sentir y para amar. Pero, compréndeme bien, retrocedí á aquella hermosa edad en que la boca está virgen de mentiras, en que la mirada es franca, aunque velada por párpados que entorpecen la timidez en contradicción con el deseo, donde el espíritu no se doblega ante el jesuitismo de la sociedad, y en que la cobardía del corazón iguala en violencia á la generosidad del primer impulso.

No te hablaré del viaje que hice con mi madre desde

París á Tours. La frialdad de sus maneras reprimió la expansión de mi ternura. Á partir de cada nuevo relevo, me prometía hablarle; pero una mirada, una palabra, desordenaban las frases prudentemente meditadas como exordio. En Orleáns, en el momento de acostarse, mi madre me reprochó mi silencio. Me arrojé á sus pies, abracé sus rodillas llorando á lágrima viva, le abrí mi corazón, tan rico de afectos; traté de conmovérla con la elocuencia de unas quejas que expresaban mi ansia de amor, y cuyos acentos hubieran conmovido las entrañas de una madrastra. Mi madre me respondió que yo representaba una comedia. Quejéme de su abandono, y me llamó hijo desnaturalizado. Se me oprimió de tal modo el corazón, que en Blois corrí al puente para tirarme al Loira. La altura del parapeto impidió mi suicidio.

Al llegar á casa, mis dos hermanas, que no me conocían, demostraron más extrañeza que cariño. Sin embargo, más tarde, por comparación, me parecieron llenas de amistad hacia mí. Me alojaron en una habitación del tercer piso. Comprenderás la extensión de mis miserias cuando te diga que mi madre me dejó, á mí, joven de veinte años, sin otra ropa blanca que la de mi pobre equipo del colegio, y sin otro traje que el de París. Si volaba de un extremo á otro del salón para recoger su pañuelo, no me daba más que las frías gracias que podía dar á su criado. Obligado á observarla para conocer si había en su corazón lugares accesibles donde pudiese arraigar algún afecto, vi en ella una mujer seca y delgada, fría, egoísta é impertinente como todas las Listomere, en quienes la impertinencia forma parte de su

dote. No veía en la vida sino deberes que llenar; todas las mujeres frías que he conocido se hacían, como ella, una religión del deber; recibía nuestras adoraciones como un sacerdote recibe el incienso en la misa; mi hermano mayor parecía haber absorbido el poco amor maternal que había en su corazón. Nos punzaba sin cesar con salidas de una ironía mordaz, arma de las gentes sin corazón, y de la cual se servía contra nosotros, que no podíamos contestarle. Á pesar de estas barreras espinosas, los sentimientos instintivos echan en nosotros tales raíces, conserva tantos lazos el religioso temor inspirado por una madre, de la cual cuesta trabajo desesperar, que el sublime error de nuestro cariño continúa hasta el día en que, más avanzados en la vida, juzgamos fría y soberanamente. En ese día empiezan las represalias de los hijos, y su indiferencia, engendrada por las decepciones del pasado y engrosada con los restos cenagosos que arrastra, se extiende hasta la tumba. Aquel terrible despotismo ahuyentó las ideas voluptuosas que locamente había esperado satisfacer en Tours. Me recluí desesperado en la biblioteca de mi padre y me dediqué á leer todos los libros que no conocía. Mis largas horas de trabajo me evitaron todo contacto con mi madre, pero agravaron mi situación moral. Á veces, mi hermana mayor, la que está casada con mi primo el marqués de Listomere, procuraba consolarme, sin poder calmar la agitación de que era presa: quería morir.

Preparábanse grandes acontecimientos á la sazón, á los cuales yo era extraño. Habiendo salido de Burdeos el duque de Angulema para unirse á Luis XVIII en París, recibía, á su paso por todas las ciudades, las ovaciones

preparadas por el entusiasmo que producía en la vieja Francia la vuelta de los Borbones. La Turena en conmoción por sus príncipes legítimos, la ciudad en agitación, los balcones empavesados, los habitantes endomingados, los preparativos de una fiesta, y un no sé qué esparcido en el aire, que me embriagó, inspiráronme el deseo de asistir al baile ofrecido al príncipe. Cuando reuní la audacia suficiente para expresar este deseo á mi madre, demasiado enferma entonces para asistir á la fiesta, se enfadó grandemente. ¿Llegaba yo del Congo para no saber nada? ¿Cómo podía yo imaginarme que nuestra familia no había de estar representada en aquel baile? En ausencia de mi padre y de mi hermano, ¿no era yo quien debía asistir? ¿No tenía yo una madre que sólo pensaba en la felicidad de sus hijos? En un momento, el hijo casi desaprobado se convertía en un personaje. Me vi tan abrumado por mi importancia, como por el diluvio de razones, irónicamente expresadas, con que mi madre acogió mi súplica. Interrogué á mis hermanas, y supe que mi madre, á quien gustaban estos golpes teatrales, se había ocupado muchísimo de mi traje. Sorprendidos por las exigencias de sus parroquianos, ningún sastre había podido encargarse de él. Mi madre había llamado á su costurera, que, según es uso en provincias, sabía hacer toda clase de obras. Bien ó mal, se me confeccionó secretamente un frac azul; se encontraron fácilmente medias de seda y escarpines nuevos; como los chalecos se llevaban cortos, pude ponerme uno de mi padre, y por primera vez tuve una camisa con chorrera, cuyos encajes cubrieron mi pecho y se arrugaron bajo el nudo de la corbata. Cuando es-

tuve vestido, me encontré tan desfigurado, que mis hermanas tuvieron que darme, con sus felicitaciones, valor para presentarme ante la Turena reunida. ¡Atrevida empresa! En aquella fiesta había demasiados llamados para que hubiera muchos elegidos. Gracias á mi exigua estatura, pude deslizarme hasta llegar á una tienda construída en los jardines de la casa Papión, y colocarme cerca del sillón que servía de trono al príncipe. En un momento fuí sofocado por el calor, deslumbrado por las luces, por los tapices rojos, por los adornos dorados, por los vestidos y por los diamantes de la primera fiesta pública á que asistía. Me atropellaba una multitud de hombres que se amontonaban unos sobre otros y se empujaban en medio de una nube de polvo. Los bronces sonoros y los ruidosos acordes de la música militar quedaban ahogados por los gritos de:

—¡Viva el duque de Angulema! ¡viva el rey! ¡vivan los Borbones!

Esta fiesta era un derroche de entusiasmo, en que cada cual trataba de sobrepujar á los demás en su feroz afán de saludar al naciente sol de los Borbones, verdadero egoísmo de partido que me dejó frío y que me movió á reconcentrarme en mí mismo.

Llevado como un átomo por aquel torbellino, tuve el deseo infantil de ser duque de Angulema y de mezclarme entre aquellos príncipes que así se mostraban ante un público entusiasmado. La necia envidia del turenés hizo brotar en mí una ambición que las circunstancias y mi carácter ennoblecieron. ¿Quién no ha envidiado alguna vez esa ruidosa adoración, cuya repetición grandiosa pude presenciar algunos meses

después, cuando París entero se precipitaba hacia el emperador á su regreso de la isla de Elba? Ese imperio ejercido sobre las masas, cuyos sentimientos y cuya vida se encierran y reconcentran en una sola personalidad, en una sola alma, me consagró de repente á la gloria, sacerdotisa que degüella á los franceses hoy, como en otro tiempo la druida sacrificaba á los galos.

De pronto encontré á la mujer que debía aguijonear sin tregua mis ambiciosos deseos y colmarlos, lanzándome al corazón de la realeza. Como era demasiado tímido para invitar á bailar á una bailadora, y temiendo, por otra parte, embrollar las figuras, me sentí naturalmente embarazado no sabiendo qué hacer de mi persona. En el momento en que sufría el malestar causado por los apretones de la multitud, un oficial me pisó los pies, que yo tenía hinchados tanto por la compresión del cuero como por el calor. Este último incidente hizo que me disgustase la fiesta, y, siéndome imposible salir, me refugié en un rincón, sentándome en el extremo de una banqueta abandonada, donde permanecí con los ojos fijos, é inmóvil y enfadado. Engañado por mi mezquina apariencia, una mujer me tomó sin duda por un niño dispuesto á dormirse esperando la vuelta de su madre, y se colocó á mi lado con el movimiento de un pájaro que se lanza sobre su nido. En el mismo instante sentí un perfume de mujer que embriagó mi alma como la poesía oriental. Miré á mi vecina, y quedé más deslumbrado por su hermosura que lo había sido por la fiesta. Si has comprendido bien mi vida anterior, adivinarás los sentimientos que nacieron en mi corazón. Mis ojos se fijaron en unos hombros blancos y mórbi-

dos, sobre los cuales hubiera querido poder caer, hombros ligeramente sonrosados que parecían enrojecer por el rubor como si se encontrasen desnudos por primera vez, hombros que tenían un alma, y cuya piel satinada brillaba á la luz como un tisú de seda; hombros, en fin, divididos por una raya, á lo largo de la cual corrió mi mirada, más atrevida que mi mano. Me empiné palpitante de emoción para verle el escote, y quedé completamente fascinado por un pecho castamente cubierto con una gasa, pero cuyos globos azulados y de una redondez perfecta estaban dulcemente velados por olas de encaje. Los más ligeros detalles de aquella cabeza fueron incentivos que despertaron en mí goces infinitos: el brillo de los cabellos ondulantes sobre un cuello aterciopelado como el de una niña, las líneas blancas que el peine había dibujado en ellos, y por los cuales corrió mi imaginación como por frescos senderos, todo esto me hizo perder la cabeza. Después de asegurarme de que nadie me veía, me sumergí en aquellas espaldas como un niño se arroja al seno de su madre, y besé aquellos hombros, rodando por ellos mi cabeza. La dama lanzó un grito penetrante que la música apagó; volvióse, me vió y me dijo:

—¡Caballero!...

¡Oh! si me hubiese dicho: «¿Qué le ha dado á usted, pequeño?» tal vez la hubiese matado; pero ante aquel ¡Caballero! lágrimas ardientes brotaron de mis ojos, y quedé petrificado ante aquella mirada, que animaba una santa cólera, ante aquella cabeza sublime coronada por una diadema de cabellos negros en armonía con aquellos hombros de amor. La púrpura del pudor ofendido

brilló en su rostro, que desarmaba ya el perdón de la mujer que comprende un frenesí cuando ella misma le inspira y que adivina adoraciones infinitas en las lágrimas del arrepentimiento. Alejóse con ademán de reina sentí el ridículo de mi posición, y entonces solamente conocí que estaba disfrazado como el mono de un sa boyano; tuve vergüenza de mí, y permanecí alelado saboreando la manzana que acababa de robar, conservando sobre mis labios el calor de aquella sangre que había aspirado, y siguiendo con la mirada á aquella mujer descendida de los cielos. Dominado por el primer aspecto carnal de la gran fiebre del corazón, erre por el baile, que estaba desierto para mí, sin poder encontrar á mi desconocida. Me fuí á dormir metamorfoseado.

Un alma nueva, un alma de alas diamantinas había roto su larva. Caída de las azules esferas en que la admiraba, mi querida estrella se había hecho mujer, conservando su claridad, sus fulgores y su frescura. Amaba de repente, sin saber lo que era el amor. ¿No es una cosa extraña esta primera irrupción del sentimiento más vivo del hombre? En el salón de mi tía había visto algunas jóvenes hermosas y ninguna me había impresionado. ¿Existe, pues, una hora, una conjunción de astros, una reunión de circunstancias expresas, una mujer especial entre todas para determinar una pasión exclusiva cuando llega el tiempo en que la pasión abraza el sexo entero? Pensando que mi elegida vivía en Turena, aspiraba el aire con delicia y encontraba al azul del cielo una hermosura que antes no había notado. Si estaba mentalmente trastornado, parecía también gravemente

enfermo, y mi madre tuvo temores mezclados con remordimientos. Semejante á los animales que presienten el mal, iba á acurrucarme en un rincón del jardín para soñar con el beso que había robado. Algunos días después de aquel baile memorable, mi madre atribuía el abandono de mis trabajos, mi indiferencia ante sus miradas opresoras, al poco caso que hacía de sus ironías, y mi sombría actitud á las crisis naturales que deben sufrir los jóvenes á mi edad. El campo, ese eterno remedio de las afecciones de las que nada sabe la medicina, fué considerado como el mejor medio de sacarme de mi apatía. Mi madre decidió que iría á pasar algunos días á Frapesle, castillo situado sobre el Indre, entre Montbazón y Azay-le-Rideau, en casa de uno de sus amigos, á quien sin duda dió instrucciones secretas. El día que me vi en el campo, tan rectamente había nadado en el océano del amor, que lo había atravesado. Ignoraba el nombre de mi desconocida. ¿Cómo llamarla? ¿dónde encontrarla? Por otra parte, ¿á quién podía hablar de ella? Mi carácter tímido aumentaba los temores inexplicables que se apoderan de los corazones jóvenes en los comienzos del amor, haciéndome empezar por la melancolía con que terminan generalmente las pasiones sin esperanza. No deseaba sino ir, venir y correr á través de los campos. Con ese valor de niño que de nada duda y tiene algo de caballeresco, me propuse registrar todos los castillos de Turena, viajando á pie y diciendo á cada linda torrecilla: «¡Ahí está!».

El jueves por la mañana salí de Tours por la barrera de San Eloy, atravesé el puente de San Salvador, llegué á Poncher, levantando la cabeza ante cada casa,